

CRISIS DE TAIWÁN

China juega a la guerra, mientras Occidente es puesto a prueba

INTERNACIONAL

06_10_2021



**Gianandrea
Gaiani**



La administración Biden dijo que estaba “muy preocupada” por las “provocaciones militares” de China contra Taiwán, consideradas “desestabilizadoras para la paz y la estabilidad en la región”. El Departamento de Estado de Estados Unidos instó ayer a

Pekín a “cesar las presiones militares, diplomáticas, económicas y coercitivas sobre Taiwán”, reiterando el “compromiso inquebrantable” de Washington al lado de Taipei.

La declaración explícita de Washington constituye la respuesta a las graves y reiteradas provocaciones militares chinas realizadas al enviar un número creciente de aviones de combate para violar la “zona de identificación de defensa aérea” del Estado insular, una especie de línea roja cuya superación advierte a la aviación y a la defensa antiaérea de Taiwán.

En los primeros tres días de octubre, primero 25, 38 y luego incluso 39 aviones chinos entraron en la zona de identificación: una demostración de fuerza que involucró a los aviones de combate más modernos de la Fuerza Aérea de Beijing como los bombarderos H-6 y los cazadores Su-30, J-16 y J-17; así como aviones radar KJ-200 y KJ-500 y cazas de la Marina J-15.

Una escalada evidente si consideramos que el 23 de septiembre se encomendaron violaciones similares a 24 aviones militares de Pekín, motivados por el tránsito de la fragata británica Richmond en el Estrecho de Formosa que separa las dos Chinas, por donde habían pasado dos buques militares estadounidenses en agosto.

El 30 de septiembre, el portavoz del Ministerio de Defensa chino, Wu Qian, instó al Reino Unido a fortalecer la cooperación con China, criticando el progresivo fortalecimiento de la presencia de la Royal Navy en el Indo-Pacífico, tras la salida de Londres de la Unión Europea.

En agosto fue el grupo naval liderado por el portaaviones Queen Elizabeth II, con cazas británicos F-35 e infantes de marina estadounidenses a bordo, que penetró el Mar de China Meridional, sin acercarse mucho a las costas chinas y los archipiélagos reclamados por Pekín.

El pasado 17 de septiembre, el almirante Tony Radakin declaró que el Estrecho de Formosa es “una parte integral del Indo-Pacífico libre y abierto”, por lo que hizo pública la decisión de Londres de estacionar unidades de patrulla marítima en la zona “al menos durante los próximos cinco años”, en apoyo al esfuerzo de contención realizado por Estados Unidos y otros países aliados de la región (Japón, India y Australia, ante todo).

Beijing ha destacado durante mucho tiempo su disposición a responder con una cantidad creciente de provocaciones militares a cada paso naval británico o estadounidense en las aguas que el régimen comunista considera una parte integral de

su territorio nacional.

A pesar de la cautela con la que todos los Estados del bloque occidental expresan su apoyo a Taiwán, incluso manteniendo importantes relaciones comerciales con Beijing, todos los contendientes parecen querer alzar la escalada alrededor de Taiwán y los disputados archipiélagos del Mar de China Meridional.

Taiwán tiene un ejército poderoso y una industria de defensa de alta tecnología que es cada vez más autónoma de los Estados Unidos en el desarrollo y producción de sistemas de armas avanzados.

Por supuesto, en caso de guerra, Beijing podría desplegar un número mucho mayor de fuerzas aéreas, de misiles y navales que Taipei y la comparación entre el gasto militar y el número de soldados de las dos naciones es impresionante: 250 mil millones de dólares gastados este año por Beijing contra 16 de Taiwán y 2 millones de soldados contra 170.000 taiwaneses, a los cuales se agregarían 1.5 millones de reservistas.

Varios analistas creen que un asalto militar al Estado insular sería anticipado por un fuerte ciberataque destinado a paralizar los centros de mando y control taiwaneses, y por un bombardeo igualmente masivo con misiles balísticos de corto alcance desplegados en gran número (entre los 600 y mil dependiendo de las estimaciones) en las bases de la provincia de Fujian, ubicada frente a la isla. Armas equipadas con ojivas convencionales de alto explosivo que tendrían la tarea de devastar bases aéreas y navales, defensas aéreas, mandos y centros logísticos de las fuerzas armadas taiwanesas para “suavizarlas” y preparar la invasión.

Sin embargo, hoy es difícil creer que tal escenario sea posible, pues pondría a prueba la voluntad o no de Estados Unidos y sus aliados para enfrentar un conflicto total con China, una potencia nuclear. Además, desde 1980, cuando expiró el Tratado de Defensa Mutua entre Estados Unidos y Taiwán, tras la apertura de relaciones diplomáticas entre Washington y Beijing, se firmó el *Taiwan Relations Act* (Ley de Relaciones con Taiwán), que compromete a Estados Unidos a brindar asistencia militar directa en caso de ataque chino, pero ya no prevé automáticamente que los estadounidenses entren en la guerra junto con los taiwaneses.

Después de todo, Pekín apunta a incorporar, ciertamente no a destruir, la “provincia rebelde” cuya próspera economía magnificaría aún más el peso específico global de China.

En términos estratégicos, un asalto chino desde el aire y desde el mar a la China

nacionalista (fundada en 1949 por el general Chiang Kai-shek que huyó con su ejército de la China continental en manos de los comunistas de Mao Zedong) sería plausible solo si en Pekín prevalece la impresión de que nadie en Washington está dispuesto a “morir por Taiwán”.

Además de disfrutar de importantes suministros militares estadounidenses, Taiwán está mayoritariamente protegida por el mar. Para conquistar la isla, Pekín tendría que transportar y desembarcar a cientos de miles de soldados a lo largo de los 140/180 kilómetros que separan la isla de la costa continental. Se necesitaría un gran número de tropas para hacer frente a la enérgica defensa de los isleños, quienes además siempre deberían recibir una inmensa cantidad de provisiones por vía marítima para apoyar la ofensiva.

Una empresa difícil no solo por las excelentes capacidades navales de Taiwán y por el apoyo que probablemente les ofrecería la flota estadounidense y otras naciones aliadas, sino también porque las tropas chinas prácticamente no tienen experiencia bélica (ni siquiera las taiwanesas) y porque Beijing debería poner en riesgo gran parte de su nueva flota y los numerosos buques mercantes “militarizados” en aguas estrechas, precisamente para poder embarcar tropas y vehículos en vista de importantes operaciones de desembarco.

Si por tanto resulta poco probable una guerra total entre China y Taiwán, la constante escalada de tensión podría hacer más práctica una acción de fuerza limitada llevada a cabo por Beijing contra la isla de Kinmen (o Quemoy) y el archipiélago de Matsu, ubicados respectivamente en las entradas al sur y al norte del Estrecho de Formosa, cerca de la costa continental de China, pero territorios taiwaneses controlados por guarniciones militares agresivas y desplegados en posiciones defensivas bien protegidas.

Estas islas, tan cercanas a las costas chinas que también pueden ser alcanzadas por fuego de artillería ligera (Kinmen está a solo dos kilómetros de distancia y la más cercana de Matsu a unos 10), son potencialmente atacables desde China sin esfuerzos bélicos demasiado exigentes y con un asalto relámpago, que también podría involucrar a las Islas Pescadores, un territorio taiwanés a 150 kilómetros de China y 30 de Taiwán.

Agresiones militares que en cualquier caso provocarían reacciones internacionales muy duras, especialmente en Estados Unidos, pero que permitirían a Pekín poner a prueba la voluntad de los rivales occidentales de combatir por Taiwán.

Después de todo, en la década de 1950, Washington anunció que también usaría armas nucleares contra China en caso de un ataque maoísta en Kinmen y Matsu, islas que también fueron mencionadas a menudo por John Kennedy y Richard Nixon, quienes lucharon en la campaña presidencial de 1960, expresando ambos la voluntad de llevar a Estados Unidos a la guerra para defenderlas de la agresión comunista.

Al igual que en los tiempos de la Guerra Fría con la Unión Soviética, incluso hoy en día el equilibrio entre la guerra y la paz se juega con el peso y la credibilidad de la disuasión, incluso si, en comparación con el pasado, es legítimo preguntarse si Estados Unidos y Occidente están todavía en capacidad de expresarla de manera creíble.